

**III Centenario Rescatado**  
Pronunciado por  
**D. Manuel Jesús Sánchez Fernández**  
- Sede Canónica -  
(23 Noviembre 2013)

Con su venia Santísimo Señor Sacramentado.

Por un instante soñé que  
era Domingo de Ramos.

Domingo de primavera, de  
esos domingos de antaño de  
cielos de azul purísima con  
rayos de sol bordados.

No era un domingo cualquiera  
cuando la calor aprieta  
y te quedabas sin manos  
si no estrenabas siquiera  
aunque fuera unos zapatos.

Soñé que un domingo  
fuera de esa guardia a  
caballo que perdimos como  
tantas cosas bellas que  
añoramos;

Como las cruces de guía  
a hombros de los hermanos  
brillando los espejitos  
cuando el sol las va alumbrando.

Y fue en mitad de este  
sueño cuando te vi allá en lo  
alto adonde te habían  
ascendido con dulzura tus  
hermanos.

Sobre rezos de tu barrio  
con aroma de gitanillas  
dama de noche y nardos.

Desperté al verte enhiesto  
en la cima de tu paso.

Gesto adusto y valiente  
Ecce homo rescatado.

Y me di cuenta en ese instante  
que no era Domingo de Ramos.  
que no era la primavera  
que verdea nuestros campos,  
ni apretaba la calor  
más que en Abril o Marzo  
cuando madura el membrillo  
al calor de su verano;  
Cuando los días se acortan  
y amarillean los campos,  
cuando migran las golondrinas  
pues septiembre está mediado.

Y recordé, ¡Jesús mío!  
al verte ante mi parado  
que eras altar y estación  
de aquél Viacrucis Magno  
orgullo de nuestra fe por  
los mártires amados.

Y quise escribirte un verso  
para decir con mis labios  
y recitártelo hoy  
en tu tercer centenario.

Mas no fui capaz, Padre mío  
me hubiera hecho falta un glosario  
de términos hilvanados  
para que todos supieran los  
prodigios de tus manos;  
para decirte piropos  
nunca jamás escuchados.

Para que sepas, Maestro,  
cuanto y cuanto te añoramos  
mientras se encuentra tu casa  
cerrada a cal y a canto.

Y al final tan solo pude  
abandonarme en tus brazos,  
y que fueras tu, ¡Dios mío!  
quien dirigiera mi mano,  
quien escribiera la rima  
de este pueblo enamorado.

No era, pues, la primavera, ni  
tampoco Domingo de Ramos,

Pero fuimos por unas horas  
pueblo de Córdoba entera  
de fervor arrebatado  
penitente y caminante  
tras tu paso Rescatado.

Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Ilustre y Piadosa Hermandad y Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno Rescatado y María Santísima de la Amargura. Comunidad de Padres Trinitarios. Sr. Presidente y representantes de la Agrupación de Hermandades y Cofradías de Córdoba. Representantes de las cofradías del Domingo de Ramos. Dignísimas autoridades. Cofrades y amigos. Señoras y señores.

De bien nacidos fue siempre ser agradecidos; y desde este alma, más que desde este atril, quiero que vuelen los agradecimientos más íntimos hacia el Hno. Mayor de vuestra Cofradía por haber fiado en mi prosa y en mi verso, pero espero, que aún más en mi corazón, para ser hoy la voz de la ciudad que le reza al sublime Señor Nazareno Rescatado.

Y mi agradecimiento a su Junta de Gobierno que le apoyó en mi designación. Que el Nazareno os lo premie en vuestros deseos de confraternidad para el servicio de vuestros hermanos.

A vosotros fieles seguidores del Nazareno del Domingo de Ramos, o debiera decir de todos los Viernes del año, porque mantenéis viva la llama de fervor hacia el Padre Eterno en vuestras súplicas por vosotros y por los que no somos lo asiduos que debiéramos a tus benditas plantas.

A mis hermanos de cofradía que me siguen adonde vaya a pesar de que ya conocen hasta mejor que yo mismo los versos y los quiebros de voz y hasta los pensamientos aunque no hayan estado en la soledad del pregonero ante la pantalla blanca e inmaculada del inicio.

A los míos que me aúpan para que pueda ser pregonero a diario en la vida misma, porque esa es la que merece el reconocimiento del Maestro, al contrario de esta más bella, más melódica pero más humana.

A todos en fin los que de una u otra forma habéis sabido de la celebración y habéis venido a levantar la voz con el pregonero para entonar el más sentido Padrenuestro que escuchar se pueda.

Sí, porque debéis saber que no he venido a relatar la historia de la bendita imagen del Señor de Córdoba o del Cristo Español, como me apuntara acertadamente Miguel Gallardo y con tu permiso he hurtado para que todos sepan de tan hermoso pirolo, más aún en estos tiempos que corren en los que según parece hay españoles de diferentes denominaciones de origen.

No he venido a glosar la historia de vuestra cofradía, de sus blasones y sus honores, de sus nobles hermanos o de sus hermanos trinitarios.

No es desconocimiento, ni vanidad, ni olvido, ni pereza, pero es que no quiero llenar papeles de letras porque, sin duda, podréis disfrutar de los que escriben y poseen más sabiduría, más conocimientos y más cultura cofrade que la que este pregonero os puede relatar y atesora.

Porque de qué os puede valer en este hermoso día saber que Él vino otro hermoso día a nuestros corazones desde la imaginación y las manos prodigiosas de D. Fernando Ruiz Díaz de Pacheco de 1713.

Y que desde ese día del 24 de Febrero, según el docto trinitario Porres Alonso, desde su hermoso camarín, es faro que guía los pasos de los que hasta Él llegamos en petición de mercedes y rescate.

Que vuestra esclavitud o hermandad como ahora se llama a este tipo de corporaciones nació junto a su imagen en el mismo año y que fue en el mes que corre pero de aquel año cuando agregada a la Cofradía de la Santísima Trinidad adquiere las gracias y privilegios de esta.

Que su imagen bendita ha participado en las más famosas efemérides organizadas por nuestra Santa Madre Iglesia y sus prelados y pontífices como la de León **XIII** o la procesión oficial del Santo Entierro cordobés.

Que a su nómina de devotos han pertenecido desde siervos hasta duques como los de Medinaceli.

Y tantas y tantas cosas que serían bocado de buen gusto para eruditos y empollones de archivos y bibliotecas, pero no para este pregón, no para esta oración que en vuestro nombre hoy le quiero dedicar.

Hoy quiero ser, Señor, la abuelita que te pide cada viernes de tu capilla que la recojas en tu paz cuando quieras porque está segura de tu casa y ya ha cumplido con lo que le encargaste en esta vida y desea devolverte los talentos que le prestaste.

Déjame que sea padre que le duele el cuello de tanto mirar hacia el cielo de su casa porque teme que la humedad acabe por convertirlo en infierno al caer sobre su gente.

Yo quiero ser la voz de cada uno de tus hermanos que piden a diario por sus proyectos de juventud, por sus sueños de madurez y por sus anhelos de senectud.

Y sobre todo quiero ser mi propia voz que tantas veces vino aquí a rezar y auparme hasta tus reales plantas para besar ese pie gastado por la fe y el amor del pueblo cordobés.

Y para orar que mejor que la oración que Él nos enseñó a través de sus discípulos: El Padrenuestro.

Porque el Padrenuestro es el buque insignia de nuestras oraciones, el adelantado mayor en nuestras jaculatorias, y la única oración no escrita por humano sino por la palabra de Dios.

Y como debemos empezar para que no se nos haga tarde en el camino, que mejor que empezar por donde empieza tan divina oración, y así empiezo yo a quererte en esta noche de encuentro y decirte emocionado:

“Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre”

Dice el Catecismo de la Iglesia Católica promulgado por la Constitución Apostólica “Fidei Depositum”, y firmado por su siervo de los siervos de Dios el beato y próximo santo Juan Pablo II, que conservar el depósito de la fe es la misión que el Señor confió a su Iglesia, a nosotros, y todos y cada uno de los que la componemos y formamos su cuerpo indivisible.

En el mismo se indica que la oración del Señor es en verdad el resumen de todo el evangelio y Él mismo, una vez recitada por vez primera a sus discípulos, añadió “Pedid y se os dará” y ha sido la mejor herencia que nuestro Señor nos dejó, algo así como el mejor Smartphone para conectar con el Padre Eterno.

Por eso cuando decimos “Padre nuestro que estás en el cielo”, iniciamos el establecimiento de llamada con la gloria; y deseamos que en el otro terminal de allá arriba, ese abuelito que de niños veíamos dibujado con su barba blanca y su triangulito sobre su cabeza con aquél ojo que todo lo ve, esté a la espera de que empecemos a contarle nuestras cosas de hijo muy amado a Padre eternamente adorado.

San Ambrosio en “De sacramentis” decía “Eleva, pues, tus ojos hacia el Padre que te ha rescatado por miedo de su Hijo, y di Padre nuestro, pero no reclames ningún privilegio, porque no es Padre más que de su Hijo. Por eso cuando digas Padre nuestro, por medio de la gracia, hazlo para merecer ser hijo suyo.

Por eso cuando oréis ante su altar, ante el refugio prodigioso del Sagrario, no hagáis como el fariseo que vanidosamente se vanagloriaba ante el “sancta sanctorum” de su modélica fe, ni pidáis como con la lista de la cesta de la compra, lo que necesitáis con la inmediatez de este mundo, porque os estáis dirigiendo al Santo de los Santos, al Primum super pares, porque no hay nadie que se le iguale.

Antes, saludadle como lo hacéis con vuestros Padres, y a partir de ahí regalad su oído con los mejores piropos que un hijo dedica a su padre de todo corazón, porque seguro, en ese momento estará dispuesto a escuchar para luego dar.

Pero con nuestra prodigiosa inteligencia, lo seguimos viendo como niños, cuando decimos que estás en el cielo. Y allá lo mandamos a subirse a una nube. A lo peor

por eso pensamos que no nos hace caso cuando no nos concede lo que pedimos. Pero ¿pedimos o exigimos? Para nuestro cuerpo o para nuestro espíritu.

Decía San Agustín: El cielo bien podría ser también aquellos que llevan la imagen del mundo celestial y en los que Dios habita y se pasea.

Dejemos que el Señor se pasee por nuestro interior y que su Amor nos inunde y nos inflame.

¿A que he venido yo si no?  
sino a decirte que te adoro, que  
no hay en la vida un tesoro que  
ni igualarte pudiera,  
y que en mi vida  
tuviera tenerte como te  
tengo: en tu capilla  
radiante  
y en el sagrario delante  
ante tu altar, Cristo bueno.

Porque allí está mi baluarte,  
para mi vida entregarte hasta  
el suspiro postrero.

Yo sé, Señor, que no has muerto,  
y que resucitaste.

Y que eres lucero errante  
que ilumina mi sendero  
y en mi noche luz brillante,  
alcázar, medina y fuero,  
y esa muralla radiante que  
entre almenas hace aparte,  
donde vivo y donde muero.

Porque es refugio, tierra y cielo  
donde a diario me acojo.

Dime si hay mejor asilo  
que el que tu amparo me brinda  
en este oasis de calma  
que se ilumina hasta el alma  
cuando llego y tu me miras.

Bendito Jesús Nazareno  
no me apartes de tu lado  
cuando por fin te he encontrado.

Y aunque se que no  
merezco que te hayas fijado  
en mí, nunca he sido más  
feliz que ahora que ya te  
tengo  
y tú me tienes a mí.

Estaba preso en el pecado  
mas por tu gracia ¡Señor!  
de mi pena me has librado  
y me has dado la libertad  
al verme desamparado,  
porque es el Hijo de Dios  
quien por amor me ha rescatado.

“Venga a nosotros tu reino” y nuestra mente se escapa volandera a las antiguas aulas con aquellos cuadros y los crucifijos que perdimos colgados en las paredes encaladas. Y nos vienen a la memoria aquellos ejercicios espirituales en los que había más sombras que ventanas abiertas, más lágrimas y congojas que motivos de alegría.

Allí se nos contaba de los padecimientos del mismo Cristo y de los Santos. Allí se personificaban diablos y “pedroboteros” pegando tizonazos con carbones encendidos.

Todo estaba preparado para la tiniebla, para el sacrificio, para la penitencia, porque cada época del año tenía su motivo de alegría y regocijo como la pascua navideña o el mes de María y épocas de dolor transido y de angustia perenne como la cuaresma.

Sin embargo cuando llegábamos a casa y salíamos a la calle a ver las cofradías no entendíamos como se podía celebrar la Pasión y Muerte de Nuestro Señor a fuerza de tambores y cornetas. Y tampoco entendíamos como se podía mover los palios al compás de músicas alegres si se nos moría de Amargura tras la cera de su paso de palio.

Hasta que un día, un buen día, ingresamos por la gracia de Dios, que a nadie se le olvide y nos convertimos en herederos de pleno derecho de los que durante años anunciaron con trompetas y tambores que el Rey de los Reyes, el Elegido, el Hijo del Hombre entra por la antigua puerta de Plasencia para celebrar que Cristo nos trae su Reino hasta nosotros.

A partir de ese momento entendimos que no había que esconder la luz debajo del celemín, ni celebrar nuestros cultos internos y externos en las catacumbas sino en las calles porque esa era nuestra misión, el carisma por el que el Señor nos había llamado a nosotros, pobres ignorantes, que no teníamos más conciencia que la que cabe en el interior de un capirote.

Y nos dispusimos a cumplir con tu mensaje de Fe, Esperanza y Caridad. Y aunque no nos entendieran, aunque se mofaran de nosotros porque vestíamos de máscaras, sabíamos que nuestra forma de ser, de vivir el mensaje de Redención triunfaría y que por más “Trevillas” que viniesen nuestras cofradías seguirían en pie porque quizás en otro lado no, pero en la tierra única de María Santísima, son imprescindibles.

Y nos pusimos manos a la obra, y empezaron a desaparecer antiguas estructuras metálicas con mecanismos de camiones, con ruedas de goma y volante. Y desaparecieron de los pasos, los tubos de metal para colgar las velas y los focos con baterías para asustar a las imágenes, porque alumbrar no alumbraban, ¡asustaban!

Por eso Señor cada Domingo de Ramos estamos deseando verte salir para decirte con cornetas y tambores, con lluvias de pétalos y oraciones, desde el fondo de nuestro alma “Venga a nosotros tu Reino”.

Dejanos que naveguemos en tu nao capitana sobre los mares de bonanza de rezos y de plegarias. Enséñanos tu a navegar, por Caridad, hacia el faro de la Fe hasta el puerto de Esperanza.

Hay un suspiro anhelante  
que en la brisa llega atado.

Hay un anhelo esperado  
en la voz y en el semblante.

Y toda la plaza expectante  
es un puerto marinero donde  
huele el aire a pueblo y los  
grumetes del cante van  
soltando las amarras  
para que ese barco triunfante  
navegue sobre los mares  
de olas de espuma blanca,  
de rezos y de oraciones,  
y así atraviese la bocana  
de tu puerto de esperanza,  
y nos traiga tu velero  
al reino de nuestra añoranza  
donde un día amarrar espero.



Se hizo tierna alborada  
sin ni siquiera esperarle,  
sin que la luna ocultase  
el sol que se levantaba  
y poder surcar los mares  
¡Nazareno y Rescatado!  
en ese barco dorado que  
es relicario del arte por  
José Carlos tallado y  
faroles alumbrado  
y en su talla recrearse.

Y mareas, navegante,  
entre suspiros de pueblo.

Pero en vez de pasar delante,  
en arrebató elegante,  
dejas que pase primero  
Amargura, nuestra madre,  
porque es la reina del cielo  
que de gracia impresionante  
deja su aroma en el aire  
y en las pupilas recuerdos.  
Jesús mío, Nazareno,  
déjame que te acompañe  
y que esta noche me agarre  
a tu fe que vengo errante.

Déjame ¡por Dios! que amarre  
al amparo de tu puerto  
y en tu nave capitana  
surque mares tenebrosos  
donde esperan vanidosos  
mundo, demonio y carne.

Que soltando mis amarras  
consiga abrirte las calles y  
salir de la bocana  
de tu puerto y baluarte  
que tiene nombre de Gracia  
por la Gracia que recae  
sobre el fuerte rompeolas  
que defiende tu estandarte.  
Déjame, ¡Señor! llevarme  
entre mares de bonanza,  
y que te pueblo te aclame  
siendo torre, puerto y nave.

Que la noche sea mañana,  
que la brisa sea suave  
a compas de barlovento,  
y los vientos dominantes  
a tu poder fiel se abatan.

Y al ver al Hijo del Hombre  
en su nave, navegante,  
con sus velas desplegadas  
de la fe, que es tripulante,  
por tormentas acechantes que  
amenazaban mi vida como  
acecha a las barquillas  
aquel viento de levante  
que a tu voz se vuelve brisa  
o tormenta que amainaste.

Déjame marear contigo por  
tus mares de bonanza  
cuando entre rezos avanza  
la nave que es el testigo  
de tu reino prometido;  
que es el puerto de esperanza  
donde anhelamos cautivos  
de tu divina alianza  
ser al final redimidos  
absortos en tu alabanza.

Quiero ser tu marinero  
en vital marinería.

Quiero ser toda mi vida  
ejemplo de mareante  
y en los mares que adelante  
afrontase mi barquilla seas,  
tu mi acompañante  
y vigía que vigila;  
De nuestra flota almirante.  
Estrella, Norte y guía  
y de Córdoba, su estandarte.

Y porque sabemos que Cristo cuida siempre de sus cofradías, y que si aparecen y desaparecen no es porque no sean necesarias, sino porque somos endeblés y a veces nos pueden las adversidades, o equivocamos los mensajes, Dios Padre quiso traernos a mediados del mes de Marzo un papa entregado a los problemas de los que sufren y comprometido con los que no tienen más riqueza con sus manos y su esfuerzo.

Y para más demostrar que lo de las cofradías no es algo baladí, algo que se puede pasar por alto o algo que se utiliza cuando se necesita, la primera homilía popular del nuevo pontífice se la dedica a las cofradías la mañana del 5 de Mayo del presente Año de la Fe.

Durante la homilía el Papa Francisco deja varias perlas a los cofrades y a los que no lo son. Nos acoge con paternal cariño y nos informa de nuestro compromiso para el siglo de la lucha contra el Maligno.

Las cofradías que han vivido un especial resurgimiento, renovación y redescubrimiento de factores. En esa renovación estamos asumiendo un papel primordial en el seno de nuestra Iglesia.

En ocasiones a las cofradías se nos ha utilizado como a las cajas de pañuelos de papel, incluso por nuestra Iglesia. O como mantillo de maceta para rellenar el tiesto para sujetar la planta hasta sacarle hasta el último sustrato, después la planta sigue creciendo y el mantillo se le tira a la cuneta porque ya no sirve.

Las cofradías sin embargo en sus años de ostracismo han seguido evolucionando, adaptándose a los tiempos pero sin abandonar su liturgia, ni la de la Iglesia. Celosos fiadores de las costumbres más antiguas, sabedores de su importancia, parece que la Jerarquía se da cuenta de que en las cofradías hay más de lo que pensaban, pero menos de lo que debiera porque queremos seguir siendo tierra buena para que crezcan semillas fuertes en nuestro seno que dé su fruto de cristianos de verdad entregados a la causa: la Proclamación de la Buena Nueva de la Redención.

Así Francisco nos recordaba en aquella homilía que ya Benedicto XVI se había dirigido a nosotros para pedirnos que viviéramos profundamente el Evangelio, ese que proclamamos al principio de cada Cabildo de Oficiales, ese que nos cuidamos en mimar su lectura para que llegue alto y claro a los hermanos, ese que intentamos hacer patente en nuestras bolsas de Caridad, ese que ponemos de manifiesto cada hora santa, adoración nocturna o celebración eucarística convirtiendo el evangelio en el centro de respuestas sobre el que giran todas nuestras preguntas y allí hallan respuesta.

A ese carácter le llamó el papa emérito Benedicto “evangelicidad” y el papa Francisco ratificaba en la misma homilía: “Queridas hermandades, la piedad popular de la que sois manifestación importante, es un tesoro que tiene la Iglesia y que se ha definido como una espiritualidad, una mística que es un espacio de encuentro con Jesucristo”

Y continuaba “Acudid siempre a Cristo, fuente inagotable, reforzad vuestra fe, cuidando la formación espiritual, la oración personal y comunitaria, la liturgia. El que tenga oídos para oír, oiga.

La eclesialidad, otro vocablo que nació del mensaje de cariño de Benedicto XVI a las cofradías. La piedad popular es una senda que lleva a lo esencial si se vive en la Iglesia, en comunión profunda con vuestros pastores.

Por ello no tengáis miedo a la hora de poner las peras al cuarto a tanto advenedizo que pretende medrar a su favor en el seno de nuestras cofradías y cuando pasa la campaña si te vi no me acuerdo. Ni somos ciudadanos de segunda, ni cristianos de tercera. Necesitamos formación pero que no nos cueste la vida conseguirla y encima tener que soportar un ataque continuo a nuestra manera de vivir el evangelio. Siendo Iglesia, si, defendiendo a las cofradías de quienes pretende adulterar su carácter evangelizador o manipularlas para sacarles el carisma que las conforma.

Somos una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia.

Y por último en este verso del padrenuestro que hemos iniciado para pedirte Señor Rescatado por todo lo que nos rodea, y en estos momentos por las cofradías, para que se nos admita como miembro importante del cuerpo místico eclesial.

Y para que todos nos conozcan, a la vez que a la Buena Nueva que proclamamos, que nos ha hecho libres, así como a nuestro prójimo por la gracia de Dios y por el sacrificio de Nuestro señor Jesucristo, se nos pide un tercer compromiso: Misionaridad. Y esta comprendida como la misión de mantener viva la relación entre la fe y la cultura de los pueblos a los que pertenecemos. Por eso cuando sacáis en procesión el crucifijo con tanta veneración y tanto amor al Señor, no hacéis únicamente un gesto externo; indicáis la centralidad del Misterio Pascual del Señor, de su Pasión, Muerte y Resurrección.

Por ello os aconsejo la lectura meditada de toda la homilía, porque merece la pena y sabréis lo que la Iglesia nos pide y lo que debemos reclamar a la autoridad para que no sigamos siendo y comportándonos como un artículo social, artístico y religioso de usar y tirar.

Hagase, Señor, tu voluntad  
en la tierra y en el cielo  
muéstranos Jesús el sendero  
por donde podamos llegar  
a gozar de la libertad que  
siempre disfrutar espero  
Mírame con compasión  
Cristo de mi redención  
por quien vivo y por quien muero

Tanto y tanto hemos pasado  
a lo largo de la historia  
que aún guardo en la memoria  
los momentos de tu agrado

y tu mensaje adorado  
no hay quien pueda renunciarte  
ni por supuesto negarte.  
Porque no hay mayor regalo  
que el que tu me has regalado  
la Vida Eterna para amarte.

Yo sé que es tu voluntad  
en la tierra o en el cielo  
que se cumpla con esmero  
la luz de la caridad.  
Que en el mundo reine la paz,  
que no haya jamás amarguras  
ni sombras de noche oscura  
en que me pueda perder.  
Concédeme la merced  
y la gloria si me apuras  
que yo quiero pertenecer  
a tu hermandad de ternura  
y proclamar la Verdad  
que triunfa, vive y dura  
Rescatado, puerto y mar  
y sonrisa en mi Amargura.

No. No me he olvidado de ti. Como me iba a olvidar de ti, mi tierna y sabia presentadora.

No podía olvidarme de quien ha dicho tantas mentiras en tan poco tiempo de mi humilde persona. Tantas que este noble auditorio ha acabado convencido de que se iba a dirigir a ellos casi un premio Nobel de literatura. Aunque eso casi es verdad. Porque que es sino el ser pregonero de la Semana Santa de tu tierra que el premio Nóbel cofrade por antonomasia.

Gracias, Anita, por tus desmedidas palabras. Gracias por no decir más de lo que has dicho, aunque lo dicho sea una exageración. Pero sobre todo gracias, infinitas gracias por la admiración que sientes por aquellos que hoy rigen los destinos de nuestra cofradía. Gracias por tu aliento incansable. Gracias por sacrificar tu descanso por tu juventud mercedaria y por tu pasión inquebrantable a tu Banda de la Coronación.

Gracias por ser tan fatiguitas como dice tu padre, mi hermano del alma, dicen que somos gemelos porque donde va uno va el otro. Si es así vale, porque en pelo ya hay una pizca de diferencia. Pero en corazón y amor a este mundo de nuestras cofradías, no somos gemelos, somos mellizos o siameses o como se quiera llamar, pero nosotros le llamamos amigos y sobre todo hermanos, con mayúscula.

Y gracias a la madre que te parió, que renunció por emoción a mi llamada, pero que te dio vía libre a ti, porque sabía que no te podría el sentimiento como a ella.

Gracias por tu juventud y por la de tus compañeros de fatiga. Los de tu Hermandad Mercedaria, y por los de Córdoba entera, vosotros sois la sal de la tierra cofrade. Pero no olvidaros nunca que si perdéis el sabor ¿quién le pondrá sabor a nuestras vidas? Tan solo serviréis para echaros al borde del camino.

¡Ay juventud, juventud!, divino tesoro que se desea cuando niño, y se añora cuando se pasa. Depósito de ilusiones y sueños incumplidos, porque hay tanto por hacer cuando se tiene, que se nos pasa en un suspiro y tan solo llegamos a ocupar la mitad de lo que tenemos o de lo que queremos.

Que no llegamos a disfrutar plenamente de ella hasta que alguien un día te dice de “Vd” y al mirarte en el espejo te ves la primera cana, y la segunda en el alma.

Juventud impetuosa, bravía, valiente y arrojada, que prefiere equivocarse por sí misma, a volver a caer en los mismos errores que los que le precedieron.

Juventud de nuestras cofradías, comprometidos con la Iglesia y con sus hermanos. Que han superado los cañoncitos particulares de nuestros defectos y con su cariño a los demás nos van sacando la viga de nuestros ojos para que podamos ver con claridad que somos hermanos independientemente del nombre de nuestra cofradía, de la advocación de nuestros titulares y de los colores de nuestros hábitos nazarenos.

Jóvenes a los que les importa más si podrán comer los niños de las familias que atiende la Caritas Parroquial que si me queda bien el costal de arpillera, de saco auténtico, del muelle de Sevilla, de la época de Juan Manuel Rodríguez Ojeda, ¡Vamos!, una antigüedad! ¿Una antigüedad? ¡papafrita! Una antigüedad es pensar cómo piensa más de uno que se cree que va por la pasarela Cibeles en vez de sacar un paso.

Juventud cofradiera que se dedica a pelar la pava a las puertas de los super para pedir para los que necesitan un pedacito de pan, o una galleta, o unas perras para levantar los tejados que se cayeron con los últimos temporales, o para volver

a tomar el Alsina que los trajo de ida porque en su pueblo, aparte de trabajo, hay calor de hogar del que no queda en estas grandes alacenas de problemas en que hemos convertido este ruidoso mundo de mentira y vanidad.

Juventud comprometida con los proyectos de la Santa Madre Iglesia, que no olvidemos, profesamos al menos una vez a la semana cuando decimos creo en la Iglesia que es una, santa, católica y apostólica. Y sin embargo estamos hartos de decir con arrogancia, y de escuchar con indiferencia decir: “yo no creo en los curas, ¿eh?” Pero aparte de que los curas tan poco crean en ti, si no crees en la Iglesia, en la que tú eres parte integrante de un todo universal, te estás negando a ti mismo por tu analfabetismo militante.

Jóvenes con ilusión de saber y aprender para cuando llegue la hora de tomar el relevo estar prestos para el camino. Jóvenes aprendices de camareras, de priostes, de mayordomos, de fiscales, de músicos, de capataces hermanos y de hermanos costaleros, jóvenes del futuro en el presente de nuestras cofradías.

Yo sé que cada uno le reza a su Cristo y a su Virgen. Ese Cristo y esa Virgen que a lo mejor alguno aún lleva en una foto en su cartera y le reza antes de entrar a un examen, o en su móvil de última generación que él mismo sacó con su cámara de 5 megapíxeles. Y sé que cada uno es de su Cristo y su Virgen, pero de tanta procesión infantil y juvenil, de tanto retiro y charla formativa, alguno no ha dejado de vestir de negro, pero en su armario hay una túnica blanca, y el que vestía de verde, ahora otro día además viste de rojo. Son las cosas del querer.

Y ese querer que no tiene cura, casi siempre acaba cogido de la mano en la capilla de nuestros titulares y con el permiso de Él se le presenta a Ella para que le dé el visto bueno. Y se derrite la cera cuando se miran y la Virgen les sonrío, ¿Qué

otra cosa puede hacer? Y les dice: “Haced lo que Él os diga”

Hoy es su pregón. Ella guarda silencio en su camarín. Pero me vas a permitir Señor que esta noche en nombre de la juventud que te sigue me dirija y le diga:

¿Cómo olvidarme de ti, Madre  
mía de la Amargura? si tu  
eres la hermosura  
que a mi puerta siempre llamas

Bendita sea tu pureza Madre  
mía de la Amargura Bendita  
sea la hermosura De tu  
sencilla realeza  
Gloria que hasta el mar te reza  
en marejadas de ternura  
que a fuerza de Amor te cura  
y te arrebató el corazón porque  
pierde la razón  
esa cara de tristura

Tu eres pozo de Pasión  
que se desborda en hondura  
y sin embargo es dulzura  
tus párpados que a un mismo son  
se abrasan de puro amor mientras  
la tarde se conmueve.

No te apures, no me mueve  
¡Señora! para quererte  
ni la vida ni la muerte  
sino esa paz que siento al verte.

Quiero arder en tus mejillas  
porque si me hiciera falta  
cuando esté cercana el alba  
de ese día, yo a hurtadillas,  
encienda mi candelilla  
con el fuego de tus ojos  
mientras miro de reojo  
tu delicada dulzura.  
Que en tu cintura es lisura  
y bálsamo del desenojo.

Porque fuiste la elegida  
por el Señor de los Cielos  
Reina y Madre del Consuelo.  
Pues para darle la vida a  
quien es la misma Vida  
fuiste de la criatura  
Hogar en la noche oscura  
cuando a la tierra bajó  
Porque eres la Madre Dios  
y eres la Gloria Pura.

Que las cofradías tienen una misión importante que cumplir en el seno de la Iglesia nadie lo duda. Pero lo están haciendo también en la sociedad sin habérselo reclamado, sin recibir nada a cambio, entregando su esfuerzo y su sacrificio para bien de sus almas y de la vida eterna y el bienestar de los más desfavorecidos.

Ahí están las bolsas de Caridad de nuestras cofradías, sesenta y nueve familias al cuidado asistencial del Rescatado, proporcionándole lo necesario para alimentarse y vestirse y el recibo de la luz o de la contribución si hace falta.

Ahí está la colaboración con la Caritas Parroquial y el Banco de Alimentos.

Y siempre y todo ello por amor al nazareno.

Esa es la labor callada que nunca se pregona, porque así nos lo indica Jesucristo, que vuestra mano izquierda no sepa lo que da tu derecha.

Pero nosotros también necesitamos nuestro pan de cada día.

Es el Pan de la Vida que nos congrega a diario junto al altar del sacrificio incruento de la Pasión, Muerte y resurrección de Cristo.

Curiosamente hay hermanos, por llamarles de alguna manera, que les aburre la misa. Que se hartan de hacer siempre lo mismo, de tener que aguantar el rollo porque está hecha para que los curas ganen dinero. Señor.

Sin embargo se les acepta porque el Señor vino a rescatar a los que están fuera del redil.

Esa es nuestra misión, hacer de todos los que llegan súbditos leales de la ley de Dios, de su bendita Palabra, porque cuantos más seamos, más fuerte sonará nuestro mensaje y a más recónditos lugares llegará la palabra de Dios.

Casi la mitad de las Hermandades cordobesas ostentan el título de sacramental. Pero las que no llevan el título celebran la eucaristía como núcleo central de su poder espiritual.

Hoy te pedimos Señor que no dejes de concedernos el Pan de la Unidad, el que nos aglutina. El catecismo por el que aprendemos a realizar nuestras estaciones de penitencia como Dios manda. Dándole sentido a nuestra penitencia, siendo leales y fieles al mensaje de vida Eterna.

Por eso Jesús Nazareno, Santísimo Señor Sacramentado hoy te quiero pedir:

Dame hoy, Señor, tu pan :  
el pan de la Vida Eterna.  
Déjame que lo comparta  
cada día que amanezca  
con quien son hermanos míos  
por la fe que nos alienta.

Yo quisiera ser discípulo  
como aquellos de Emaús  
y darme cuenta como tú  
que en nosotros te quedas  
y saber que en adelante el  
Pan de la Vida eres tu.

Alimento que me salve  
de los males de este mundo,  
y mi seguro refugio  
donde poder resguardarme.

Yo se que no soy digno  
de que tu mano me ampare  
mas no quiero andar yo solo  
por caminos, vacilante,  
por senderos peligrosos  
sin que tu me acompañases.

Yo te prometo, Señor  
compartir con mis hermanos  
aunque sean las migajas  
que se caigan de tu mano.

Porque no merezco, Padre  
a tu lado yo sentarme  
cuando estés partiendo el pan  
de la vida y de la paz  
después de yo traicionarte.

Yo te pido buen Jesús  
que cada día me invitas  
a compartir mesa y mantel  
que no me tengas en cuenta  
mis pecados, mis afrentas.



Que no te vuelva a perder  
de mi vista sin querer.

Y cuando un día te ofenda  
alguno de mis hermanos  
lo acompañe de la mano  
otra vez de vuelta a casa  
donde la vida descansa  
y sigamos alabando  
el Amor que nos alcanza  
En tu pan Señor amado.

Perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden. Y al llegar aquí te preguntas, tan solo he hecho pedir y hasta el final no te he dicho Señor que yo lo intento, que por todos los medios intento no darle al que me pide pan una piedra. O a quien me pide una palabra de aliento una espalda vacía de abandono.

Llegan fechas de las de todo el mundo es bueno. Sin embargo os pùredo asegurar que habrá familias que a pesar de nuestra ayuda pasará la Navidad como un día más, en la mayor indigencia, en el mayor abandono. ¿Pero es que no los hemos visto? Siguen ahí pero durante unos días, los hemos tapado con el serrín y el cartón piedra de las montañas de nuestro Belén. Pero siguen ahí.

A esos que no hemos perdonado y que sentenciamos por nuestra vara de medir y nos arrogamos la facultad de saber quién se merece o no nuestra limosna, el Nazareno nos pide nuestro apoyo.

Que no pase una Navidad sin que nos acordemos de ellos e intentemos que no se repita ni una más sin que puedan celebrar con alegría la venida de quien trajo la igualdad de los hombres a la tierra.

Yo te pido, mi Señor,  
perdón para mis pecados.

Sé que no me lo merezco  
pero sé también que por amor  
nunca estaré abandonado  
de tu brazo triunfador ni  
de tu amparo, mi Dios,  
Juez fiel y justo y abogado.

No quiero ser como aquél  
vil gobernador romano,  
que antepuso su orgullo  
y el de su Cesar amado  
pues el representaba  
el poder de Dios y humano.

Hoy, que te estoy viendo ante  
mi, me ha venido a la memoria  
aquél vulgar simulacro  
en que se concedió el perdón  
a un malévolo y desalmado  
en lugar de a tu majestad

Amor eterno entregado  
en rescate de los hombres  
que lo estaban despreciando.

Hoy me he visto juez  
cobarde Interrogándote a ti  
y exigiéndote respuestas  
que eran solo para mí.

Porque a mi actitud violenta  
mi soberbia se acrecienta  
mientras me aparto de ti.

Por eso te quiero pedir  
que me absuelvas mis pecados  
sin haberme dado cuenta por  
mi sin razón y ofuscado Tu  
eras reo y yo un traidor yo,  
nuevo gobernador  
del imperio del malvado.

Tú, la ley bendita de Dios  
que a menudo mancillamos.

Yo te seguía preguntando  
y tú sin un gesto, Señor,  
seguías en silencio hablando.  
Tú lo dices: ¡Soy tu Dios!.

Y seguía contemplando  
sin ver nada alrededor pues  
si había un malhechor en  
ese instante actuando no  
era nadie más que yo, pobre  
ciego tropezando  
en la cruz de mi Señor.

Y es que sin haberme enterado  
antes de haberlo pedido yo,  
en prueba de amor entregado  
de las garras del pecado  
a mi pobre alma salvó  
sin yo haberlo pactado.

No pidáis que crea en otro,  
ni que firme más tratados  
porque no hay más grande AMOR  
Que el que me haya Rescatado.

Estamos llegando al final de nuestra oración sentida a nuestro Padre Jesús Nazareno Rescatado.

Para este final una petición final, cercana a la angustia, que nos reconoce débiles y pecadores, pero que nos concede dos posibilidades que nos brindan un motivo de esperanza: libertad para creer y audiencia para nuestros problemas.

Tú sabes mucho, Señor, de tantas y tantas peticiones. De tantos sueños e ilusiones rotas.

Tú sabes más que nadie de esclavitud porque tú mismo fuiste Rescatado. Porque tú mismo tuviste que sufrir los ataques del Maligno, hasta en el mismo tormento de la Cruz.

Por eso, Señor, en la oración de esta noche queremos terminar suplicándote que no nos dejes caer en la tentación y nos libres de todo mal. Pero también somos conscientes de que no entrar en el juego del Demonio implica o debiera implicar una decisión del corazón y así nos lo recuerda el propio Mateo en su evangelio cuando nos avisa de que “no se puede servir a dos señores a la vez”.

Debemos ser conscientes de que la libertad que Dios Padre nos ha concedido desde el principio de los siglos no está destinada a conseguir nuestra felicidad sino nuestra vida Eterna, que dicha libertad nos reportará riquezas espirituales, pero no nos concede la facultad de someter a nuestros semejantes.

En este principio de siglo que vuela más que corre debemos haber superado ya con demasía los pequeños cañoncitos particulares que antes comentaba con la juventud. Y que de una vez hayamos aprendido a sacarnos del ojo la viga que nos impide ver lo mejor de los demás y nuestras propias miserias.

Pero amén de la libertad otorgada el Señor nos pide vigilancia. Que estemos siempre despiertos y que cuando Él se aproxime nos encuentre despiertos, descansados y que cuando llame para levantar la parihuela de nuestra fe respondamos con energía hasta el cielo y que no se apague ni un codal de la cera de nuestro amor entregado.

Hoy Señor te pedimos, como tú le pediste al Padre Eterno por tus discípulos como nos cuenta Juan en su evangelio y pedías con convicción “No te pido que los retires del mundo, sino que los apartes del Maligno”. Ahí está nuestra lucha. Ahí debe estar nuestra petición de mercedes al Señor que nos espera anhelante vernos aparecer por la puerta de este templo centenario.

Y en ese líbranos del mal elevamos la petición al Padre por los que nos precedieron en el signo de la Fe y hoy duermen el sueño de la Paz. Animas benditas que purgan sus pocas o muchas faltas en la antesala de la Gloria Eterna.

No nos dejes caer en la vorágine de este mundo como al rico Epulón, Señor. Ayúdanos a ser nuevos lázaros y permítenos que seamos mendigos de tu amor a la puerta de tu casa. Mendigos de corazón, despojándonos de lo que nos sobra y de lo que nos falta, porque a ellos, pobres de espíritu y de lo imprescindible le corresponde parte de lo que a nosotros se nos ha regalado.

Líbranos, Señor, de tanto capricho desmedido y que esta sociedad nos invita a consumir con la inmediatez de la locura cuando aún, ni siquiera, hemos poseído lo que avaramente deseamos.

Yo he tenido la suerte de ver tu Viernes semanal desde antaño. He visto ramilletes de flores a tus pies. He visto como recorrían las mejillas de tu gente lágrimas de tristeza y de angustia. He visto la impotencia ante el fatídico veredicto de la enfermedad que les consume y he vuelto a escuchar en el silencio de las rogativas repetida por mil ecos Señor, no soy digno de que entres en mi casa pero una palabra tuya bastará para sanarme. Después cuando la “parca” con su fúnebre guadaña sesga vidas y sueños, te he visto llorar a ti también desde la profundidad de tu mirada y despegar los labios en un susurro atronador:

En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso.

Dicen que no se entiende la cascada caudalosa de la fe que se desborda desde tu paso cada Domingo de Ramos. Dicen que no es penitencia lo que tras tu paso camina. Dicen que no es cierta la devoción a tu imagen y que tiene más de superstición esa fila interminable que dibuja la devoción de un pueblo tras su esperanza. Y se vuelve a escuchar Maestro reprende a tus discípulos.

Pero también escucho como a quien se atreve a tirar la piedra y esconder la mano, le repites, dejadles porque si estos callasen gritarían hasta las piedras.

No nos complace sin embargo esa penitente con la aguja de punto que para guardar su puesto se hace sitio a base de estocadas a los que intentan organizar ese río de devoción en donde la espalda pierde su honesto nombre.

Tampoco nos complacen los guardaespaldas y acompañantes como si a la vera del Nazareno hicieran falta escoltas o servidores.

No son de recibo los que confunden la fila de los que rezan con la de los que contemplan la comitiva bolsa de pipas en ristre.

No son penitentes los que van a cara descubierta y saludando más que la jaca de Peralta, porque ya lo dijo el Señor: Asimismo cuando oreis, no hagáis como los hipócritas, que de propósito se ponen a orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles para ser vistos por los hombres. En verdad os digo que ya recibieron su recompensa.

Y yo os digo, cuando queráis orar vestiros la túnica nazarena, calaros el cubre-rostro y en el anonimato de vuestra devoción tendréis hilo directo con el que todo

lo puede. Hacer como los discípulos en la entrada triunfal, caminad delante de Él, abrid los caminos, allanad los senderos y enseñar como se reza.

Y si la edad no os lo permite no dejéis de acompañarle detrás porque ese es el motivo de que la llama de vuestra fe no se apague nunca. Que Dios os bendiga porque vuestra fe moverá las montañas de la indiferencia y de la pereza de nuestra sociedad descreída. Vuestro ejemplo llamará las conciencias de los que se apartaron de nuestro Señor y si Él lo quiere y ellos lo solicitan volverán a ser penitentes del Rescatado.

Por eso,

Yo creo en ti penitente  
de Jesús Rescatado  
con capa y túnica blanca  
y capirote morado.

Yo creo en ti alma errante  
que caminas a su lado  
cargado de sinsabores  
que este mundo te ha donado.

Yo creo en ti alma buena  
porque tu eres mi hermano  
que sufre lo que yo sufro  
pero en silencio abnegado.

Déjame que al lado tuya  
vaya andando tu camino,  
ayúdame si desfallezco  
en este amargo y duro sino  
en esta calle de Amargura  
levanta la cruz conmigo

Y se tu mi Cirineo  
Cuando me aplaste el castigo  
De la cruz de mis pecados  
Penitente peregrino  
que das la cara por todos,  
por tus males y por los míos.

Samaritano que has dado  
tu pan y no te has guardado  
para llevarte a los labios  
ni tan siquiera un bocado.

Enséñame tu el camino Porque  
ando perdido y errado  
Enséñame tu que has vencido  
Al Maligno y al pecado,  
deshacerme de esta carga  
que me tiene cautivado  
y pueda gozar contigo  
mientras vamos caminando  
de tan buena compañía que  
siempre había deseado.

Nazareno o penitente  
Dios camina a nuestro lado  
Que importa que diga la gente  
O que hablen a nuestro lado.

Nuestro mensaje en silencio  
Seguiremos proclamando:  
Ahí lo tenéis delante Quien  
nos salvó del pecado,  
El que nos dio la salud  
sin nada haberle dado.

Yo su eterno penitente  
a tu ejemplo encadenado  
mantendré vivo el mensaje  
por la vida que me has dado.

Bendita sea la condena  
que me mantiene a tu lado.  
Yo quiero que sea perpetua  
en tu pecho encarcelado.

Terminada la oración tan solo me queda Señor concluir con el marchamo de la Esperanza de que nuestro mensaje ha llegado claro y limpio hasta tu altura y nos concedas la merced de permanecer cautivos a tu lado y por siempre rescatados, Amen.

Trescientos años Nazareno  
a tus manos maniatado.

Trescientos años Rescatado  
peregrino tras tus pasos.

Trescientos años cautivo  
de ese blanco escapulario  
signado por una cruz  
de azul vivo y encarnado.

La cruz que nos dió la vida  
y nos libró del pecado.

Trescientos años, trescientos,  
y aún no nos quedó claro,  
y seguimos removiendo  
lo divino con lo humano,  
y seguimos convirtiéndote  
en un Dios a nuestro apañó  
sin preocuparnos, siquiera,  
de que fuimos rescatados  
y por Amor fuimos hechos  
hijos pródigos amados.

Trescientos años Nazareno  
a tu amor encadenado.

Y otros trescientos si quisieras  
yo me estaría a tu lado  
porque a tu amparo, Señor  
no hay condena ni hay quebranto,  
tan solo la gracia eterna  
que habita en los Trinitarios.

He dicho.

A mayor Honra y Gloria de ese Bendito Jesús Nazareno que acompañó mis primeros pasos en este mundo cofrade y que tantas veces me rescató de la maldad de los hombres.

Con todo mi cariño a su Hermandad a la que estaré eternamente agradecido por haberme permitido ser la voz de Córdoba en oración apasionada a su titular.

Gracias por este regalo que jamás podré dignamente devolver.  
Que el Nazareno Rescatado os lo premie y mi Madre de la Merced os lo devuelva en Gracia Eterna.



***D. Manuel Jesús Sánchez Fernández***  
Córdoba, Noviembre de 2013